

dal ninguno toma la casa en arriendo, y sale por la ciudad buscando enfermos desamparados; tráelos sobre sus flacos hombros al improvisado hospital, colócalos, en número de más de cuarenta, en bien aderezadas camas, lávalos los pies y se los besa con amor de madre y humildísima ternura. ¡Está feliz en la Casa de Dios! Pero á estos desvalidos que han hallado en otro pobre, tenido por demente, un nuevo y verdadero padre, es preciso sustentar y curar: ¿quién les proveerá de alimentos y medicinas? ¡Ah! ¿quién otro que el mismo que los recogió de la calle y la intemperie, y les dió albergue en cómoda habitación, y los tiene ya casi aliviados y sanos de alma y cuerpo! Mirad aquel mendigo que va de puerta en puerta, con un gran saco á cuestras y dos enormes ollas colgadas del cuello, dando voces lastimeras, implorando la pública compasión en estos expresivos términos: «¡Hermanos, dad limosna para vosotros mismos!» Es Juan de Dios, el hombre estafalarío de ayer, aquel que hacía locuras y ahora se ha metido á director de una obra superior á sus fuerzas, á fundar y sostener un hospital, sin tasar el número de enfermos. Y ¿quién le ayuda en su loca empresa? ¿quién le sirve? Nadie, todo lo hace él y nadie más que él. Barre las salas, trae el agua de la fuente pública, tiende las camas, hace la limpieza y sirve á sus queridos pobres en todos los oficios de dentro y fuera de la casa. Y ¿duerme? Sí, pero entre sus enfermos, en el suelo, sin más abrigo que una estera, una manta y una piedra por almohada. Mas ¿para qué necesita de cama quien pasa casi toda la noche en oración? Verdaderamente es un caso singular: quien tal hace, está visto, es un varón de Dios.

10. Y, que de veras lo sea, pruébalo el ensanche y la creciente perfección de las obras emprendidas. Ya no es uno sólo el asilo de los menesterosos. La fama del nuevo establecimiento ha traído multitud de enfermos, y ha sido menester abrir otro más capaz. Juan es también su fundador; y ¡con qué tino lo tiene todo organizado! Aquí ya están separadas las enfermerías, según la diversidad de las enfermedades, y como lo exigen la moralidad y la higiene. Hay salas de calenturientos, de enfermos contagiosos, de incurables. Hay departamentos para pobres y peregrinos; hay estufas en que se calientan por el invierno hasta doscientas personas cómodamente; hay despensas y boticas; todo, en fin, está tan bien distribuído y ordenado, que bien puede llamarse regio el hospital de la calle de los Gomeles, aunque no se sustente con fondos de la caja real como el otro situado á extramuros de Granada. Pero ¿qué digo, dos grandes hospitales? Innumerables son los que ha fundado el glorioso Padre de los pobres enfermos, si no personalmente y con sus manos, sí con su ejemplo y con su espíritu transmitido á sus benditos hijos, los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. ¿Quién podrá referir los aumentos maravillosos de esa nueva familia religiosa, encomiada y confirmada por el santo Pontífice Pío V, y dilatada en pocos años por casi todos los países de Europa y América, hasta contar en sólo España, antes de ser extinguida por la revolución en nuestro siglo, más de cincuenta hospitales? Y ¿no los han tenido también en grandísimo número Francia, Italia y Alemania? ¿Hay algún hospital en las repúblicas hispanoamericanas que no se glorie con el título de San Juan de Dios? Mas, no sólo los religiosos de la Orden, ya por desgracia muy contados,

á causa de la devastación de las Órdenes religiosas llevada á cabo por el fanatismo inhumano de la secta que se dice humanitaria; también los piadosos y caritativos Hermanos laicos, que han reemplazado á los primeros y se ocupan con increíble solicitud en el alivio de los enfermos: todos, en fin, de cualquier clase que sean, cuantos participan del espíritu de caridad que despertó en el mundo nuestro Santo, pueden apellidarse hijos suyos, los cuales, esparcidos por toda la redondez de la tierra, pregonan en universal concierto la gloria del gran siervo de Dios y portaestandarte de las obras de misericordia. En su escuela se formaron, no hay duda, los grandes campeones de la caridad en los tiempos modernos, Camilo de Lelis, Vicente de Paúl, Pedro de San José de Betancur.... En sus ejemplos se inspirarán todas las almas misericordiosas hasta el fin de los siglos; pues, mientras haya caridad sobre la tierra, resonará como celestial melodía, en los oídos de los menesterosos, el nombre querido de San Juan de Dios.

II. Consagrado en alma y cuerpo al servicio de Jesucristo en sus representantes, los pobres, nuestro Santo, que lleva dentro del pecho un corazón de apóstol, dilata la esfera de su caridad mucho más allá de los límites de las necesidades de la materia, extendiendo su acción prodigiosa hasta las mil indigencias del espíritu. Si tan solícito cuida de los cuerpos enfermos, mucho más se afana por la salud de las almas. ¡Á cuántos corazones llagados por el vicio logra devolver la salud! ¡Á cuántos pechos atribulados lleva el bálsamo de la tranquilidad! ¡Bendito amigo de todos los necesitados! ¿quién te buscó y no te halló? ¿quién te pidió, aunque fuera la sangre y la vida, y no recibió de tí socorro? Aun sin buscarlo hallábanlo los pobres,

cuyas necesidades descubrió más de una vez el Santo por revelación del cielo. Enfermo ya y casi moribundo sale corriendo del hospital, sin que nadie sea parte á detenerle, en busca de un desgraciado artesano que, vencido por la desesperación, iba á echarse un lazo al cuello. Encuéntrale Juan debajo del árbol de la muerte, arráncale la soga y le devuelve, con la esperanza, la doble vida, temporal y eterna; tornando él á tenderse en su lecho mortuario, coronado con este nuevo lauro de victoria. Bien se ve que sería imposible, dentro de los estrechos límites de un discurso, el bosquejar ni siquiera á grandes rasgos el cuadro de sus obras de misericordia, que abarca toda clase de necesidades, así como todo linaje de necesitados: niños huérfanos en completo desamparo, pobres vergonzantes, doncellas en peligro, viudas desheredadas, casadas que yacen en la miseria, pleiteantes sin recursos para defender su derecho, soldados hambrientos, pecadores y pecadoras, vivos y muertos.... ¿Adónde no llegaban los rayos bienhechores de este sol de Dios? Gigante de santidad, recorre de un paso todo el trayecto de la perfección, subiendo hasta su cima; y desde allí vivifica con suave calor á todos los mortales. *Exultavit ut gigas ad currendam viam ... et occursus eius usque ad summum eius, nec est qui se abscondat a calore eius*¹. Fué de Dios por una consagración total á su servicio; pero aun más resplandeció su carácter divino en los carismas con que plugo á Dios adornar su persona.

III.

12. Divino es el varón que de un modo especial y extraordinario refleja en sí los atributos de la Divini-

¹ Ps. 18, 6—7.

dad, **por** cuya semejanza aparece á la faz del universo como un ángel de Dios, como una visión celestial, deslumbrante, majestuosa, encantadora. Tal fué en pleno siglo XVI, siglo fecundo en grandes santos, el que hoy recibe **en** ese altar nuestros piadosos homenajes. Y no sé qué **admirar** más, ni qué presentar á vuestra consideración como más digno de admiración y alabanza entre tantos rasgos y caracteres como le dan derecho á que **se** llame divino. Á manera de brillantes rayos que circundan la frente del servidor de Cristo, considero **su** poder más que humano sobre los corazones de los **hombres**, su visión profética, su imperio sobre los demonios, su exención de las leyes comunes de la naturaleza; y, acaso, admiro más que todo el señorío portentoso que ejerció sobre sí mismo.

13. Porque, en efecto ¿qué cosa más sublime que este dominio de sí mismo, cuando llega á destruir hasta el germen de las más indomables pasiones, la ira, el amor propio, la venganza? La misma moral pagana, por boca de Cicerón, reconoció que «vencerse á sí mismo, refrenando los ímpetus de la ira, es una hazaña que eleva al hombre sobre toda humana grandeza, haciéndole muy semejante á Dios»¹. Pues ¿quién se venció más que nuestro Juan? Si las vidas de todos los santos de la Iglesia son otras tantas escuelas de heroísmo, la del nuestro puede señalarse entre muchas por lo extraordinario de sus vencimientos. Querer pasar por loco á fin de cosechar insultos y vengar en sí las ofensas de Dios, y estar dispuesto á arrostrar estas afrentas por todo el espacio de su vida, si la obediencia no se lo estorbara; entrar cargado de leña hasta el centro

¹ Ciceró, Pro M. Marcello.

de la ciudad donde es harto conocido, para hacer el papel de pordiosero, echarse á cuestras los enfermos y aun los muertos; tratar con sus propios labios las llagas asquerosas; presentar la otra mejilla al caballero indigno de este nombre, que le estampa una horrible bofetada; responder con sonrisa de amor á una vil mujercilla que públicamente le insulta; recibir, en fin, como lluvia de rosas los agravios y corresponder á ellos con palabras corteses de agradecimiento: hechos son, hermanos míos, que sobrepujan á toda humana fortaleza y desafían la más heroica magnanimidad.

14. ¿Qué pensar del poder de Juan de Dios sobre los corazones, á las veces más duros que el bronce y el pedernal? ¿No era una participación de la omnipotencia de aquel Dios que tiene en su mano los corazones de los hombres, y los dobla y los mueve como le place? Ya se trate de erogar grandes caudales para las gigantescas obras que emprende el santo limosnero, ya de abandonar los vicios, ya de perdonar enemigos, ya; finalmente, de seguir la aspereza de la virtud, no hay corazón rebelde á las insinuaciones de Juan de Dios, quien, con un poder casi divino, parece que fuera árbitro de las determinaciones de sus prójimos. Sin ser hombre de letras, con la elocuencia de su espíritu y sus ruegos caldeados en el horno de la caridad, efectuó conversiones estupendas entre la gente más miserable y perdida. En una sola ocasión reduce á penitencia á ocho escandalosas pecadoras. Valga por todas las maravillas de su celo la célebre conversión del famoso Antón Martín, que llegó á ser sucesor del Santo en el gobierno de toda la Orden, y fundador del hospital de Madrid. ¿Quién era el pobre Antón sino un hombre de más que rotas costumbres (como hablan los bió-

grafos), un miserable que especulaba con la inmoralidad pública, y alimentaba además un odio encarnizado contra otro hombre, á quien perseguía en juicio con más sed de venganza que hambre de justicia? Pues este insigne pecador, rendido milagrosamente á las palabras de Juan, llega á ser su hermano y compañero en el servicio de los pobres, y con él va pidiendo limosna por las calles de la ciudad que, atónita, apenas da crédito á los ojos. Pedro Velasco, el mortal enemigo, los acompaña, vestido del mismo hábito y trocado ya también en humilde hospitalario.

15. Á estos prodigios ayudaba poderosamente la universal persuasión de los habitantes de Granada, de que Juan era un santo y poco menos que profeta; y ¿qué no logra el prestigio de la santidad? Por lo demás esta opinión descansaba en hechos innegables. Habíase observado que, al hacer oración, su ejercicio ordinario durante las noches enteras, salía de su boca un rayo de fuego que subía al cielo; habían visto luces en la obscuridad, cual si los ángeles se encargaran de alumbrarle el camino en altas horas de la noche; había arrojado vivos resplandores una pequeña imagen del Niño Jesús sobre el rostro de un rico genovés que se negaba á dar limosna al Santo: tantas cosas habían llamado la atención de las gentes, que no era dable desconocer tan ilustre santidad, ni resistir á la corriente de veneración que le seguía. De sus profecías auténticas contábase muchísimas. Á la verdad, dice un historiador, no sólo con palabras, mas también con imágenes y figuras profetizaba este siervo de Dios, á la manera de los antiguos profetas. Tal vez ninguna otra de sus profecías supera en importancia, autenticidad y brillo á la que pronunció sobre la duración y futura celebri-

dad de su religiosa familia. «No faltarán muchos, dijo en ocasión solemne, que, siguiendo nuestro instituto, edificarán suntuosas casas y hospitales magníficos.» ¿Quién no admira aquí la luz profética con que vislumbraba, á través de los siglos, los múltiples y suntuosos establecimientos de caridad que habían de fundar los hijos y herederos de sus tradiciones en uno y otro mundo? ¡Ah! sin duda alcanzaba á ver, entre otras de la América, esta grande y bien servida casa de misericordia, honor de Bogotá y monumento de su noble y religioso espíritu.

16. En vano el enemigo capital de Dios y de los hombres, ardiendo en furor, se arma de todo su poder para derribar al pobre Juan. Éste parece haber recibido, entre otros dones, el de imperar sobre los infernales espíritus, como también el de ser superior á las leyes de la naturaleza, las cuales pierden en él su nativa eficacia. La lluvia no le moja, y el fuego no le quema. El demonio huye de él, corrido de no poder vencerle, por más que le maltrata. *Quién es éste*, decían los judíos, mirando con asombro á Jesucristo, *á quien los vientos y la mar obedecen?*¹ ¿Qué clase de hombre es ése, preguntaban los habitantes de Granada, contemplando á Juan de Dios, á quien las llamas respetan? Presa de voraz incendio el vasto hospital real, nadie se atreve á penetrar por sus puertas cerradas por un torbellino de humo y llamas, contentándose la muchedumbre con llorar y lamentar la suerte de los desventurados enfermos próximos á ser reducidos á pavesas; pero he aquí que llega Juan de Dios, y, venciendo el fuego de la caridad que llevaba dentro del pecho, al

¹ Matth. 8, 27.

fuego material que ardía por de fuera, abrióse paso por medio de las llamas, subió á las enfermerías más altas y hasta la cumbre del edificio, sacó en hombros á los enfermos, arrojó los muebles por las ventanas, no curándose del riesgo inminente de su vida, hasta dejar á todos fuera de peligro, rodeándole á él sólo los borbotones de fuego por espacio de media hora, sin causarle daño alguno. El milagro era patente; pero ¿qué mayor milagro que Juan mismo?

17. Respetado por los elementos, diríase que la muerte era impotente para herirle. Pero, si Juan no había de ser una excepción de la ley común de los mortales, por lo menos había de dominarla en cuanto á sus efectos. Muerto estaba, y se le creía vivo al verlo permanecer de rodillas seis horas enteras, abrazando el Crucifijo. Y no fué la muerte la que lo tendió sobre la tierra. Su cadáver exhalaba celestial fragancia, como en vida la despedían sus virtudes. El nombre de Juan resonó durante un año entero en todos los púlpitos de la ciudad que guarda dichosa sus reliquias.

18. Cristianos: ser de Dios, pertenecerle totalmente, no pensar sino en él, no alentar ni vivir sino para darle gloria y procurársela, haciendo todo el bien posible entre los hombres, he ahí la suma de la grandeza humana, he ahí el ápice de la felicidad. Porque, si el hombre no es de Dios de corazón, como lo es de necesidad, tendrá que ser del mundo, de la carne y del demonio; y, por mucho que blasone, no será más que de sí mismo; y ¡de quién tendrá la recompensa! Tengamos á mucha honra ser de aquel que nos dió el ser, que nos rescató con su sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que se hizo todo nuestro y todavía

nos promete dársenos, en calidad de premio, por toda la eternidad. Ser de Dios es poseerle por gracia en esta vida, y gozarle eternamente en la otra. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS, PATRÓN DE TODOS LOS HOSPITALES DEL MUNDO

(predicado en su iglesia de Bogotá, 1897).

Juan de Dios, santificado y glorificado por la caridad.

Factus sum infirmis infirmus, ut infirmos
lucrifacerem.

Híceme enfermo con los enfermos, para
ganar á los enfermos.

1 Cor. 9, 22.

1. Ya no tendrán razón para quejarse esos millares y millares de enfermos que yacen en los innumerables hospitales del mundo, como se quejaba el pobre paralítico de la Piscina de Jerusalén¹. Ya no podrán decir: *Hominem non habeo*, no tengo un hombre, un hombre que me tome en brazos, que me mire con ojos arrasados en lágrimas, que tome interés por mi salud. Porque ¡feliz inspiración del cielo! el sabio y misericordioso León XIII, que abarca con mirada de padre universal á los hombres de todo estado, clase y condición, por mísera que sea, ha levantado la potente voz y, empinándose en el solio pontificio y señalando con la diestra mano el cielo: «Enfermos de todos los climas y países de la tierra, ha dicho: *Ecce homo!* ahí tenéis al hombre que necesitáis: mirad á Juan de Dios, sen-

¹ Io. 5, 7.